

El encuentro (II)

Hierro en el frío tacto
bajo la huella ingrata que urge la herida.

Atisbo respiración y aliento
detrás de unos ojos cansados...
de luchar.

Le escucho decir, “se ha ido”
y yo sólo acababa de llegar.

Vi que temblaba de miedo,
que estaba empapada y no había llovido.

Rodeé su jaula dorada.

Había árboles sin jilgueros
y aceras abarrotadas de cuerpos
cuyas almas huían de miedo.

Vi como aplaudían éxitos y barbarie
como el verso se moría de hambre
como sus manos se desangraban de odio...

Contemplé sus medallas de oro
y más aún la espesa tristeza.

La espesa tristeza
de quien vive por la inercia
de un continuo suspiro.

La tristeza del que vive
por el mero hecho
de no saber lo que es estar vivo.